

## 2. Principios: estudios, primeros trabajos e inquietudes investigadoras

Tal vez mi afán por la reflexión y la lectura arranque de la vida contemplativa a la que me obligó un largo período de reposo que durante mi muy primera juventud tuve que seguir para curarme de una incipiente tuberculosis. Tras esta secuela positiva de la enfermedad, es indudable que mi paso, a finales de los cincuenta y principios de los sesenta, por la antigua Universidad de la Calle San Bernardo de Madrid que albergaba la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas y la Escuela de Estadística, me ayudó a pensar y despertó en mí aptitudes e inquietudes que más adelante desarrollaría. Pero ello no tanto por el mortecino y escasamente atractivo mundo académico, como por la ebullición de ideas observada en ciertos círculos intelectuales y militantes interesados en interpretar y cambiar la sociedad en la entonces España franquista y de los que pronto pasé a formar parte. Desde esa época se han mantenido a la vez mis preocupaciones políticas y mi desconfianza hacia los partidos políticos, como máquinas de poder cuyo carácter jerárquico y disciplinario pronto se reveló incompatible con mi afán de pensar por cuenta propia y mi negativa a comulgar con ruedas de molino, aunque fueran impartidas por la superioridad.

A la vez que estudiaba en la Facultad de Ciencias Económicas, mi querencia por las matemáticas me empujó a cursar también el grado superior en la Escuela de Estadística, que estaba ubicada en la parte trasera del mismo edificio de San Bernardo. Una vez licenciado en la especialidad de Economía General, hice también la especialidad de Economía de la Empresa, como simple pretexto para prorrogar el servicio militar entonces obligatorio, que acabé por fin evitando, en parte, gracias a mi antigua dolencia pulmonar, dando razón al dicho que afirma de no hay mal que por bien no venga. Con todo, mi expediente no fue especialmente brillante: si bien tuve pocos suspensos, también tuve pocas notas destacadas. Mi escaso interés por el grueso de las enseñanzas regladas me hacía despacharlas sin mucho entusiasmo, como si se tratara una carrera de obstáculos más o menos extravagantes para licenciarme. Con todo este juego me indujo a interesarme por los textos clásicos de la filosofía y la economía,... con especial referencia al marxismo.

Tras la disyuntiva antes comentada, empecé a trabajar en el INE, en 1964, junto con el ingeniero agrónomo Luis Ruiz-Maya, para preparar una encuesta de renta agraria con cobertura nacional, lo que motivó mi afición por los temas agrarios, que he venido cultivando con distintos altibajos desde entonces. Pues, además de las labores de gabinete, orientadas a preparar el cuestionario, los cuadros de resultados y los manuales de instrucciones para la realización y el control de calidad de la encuesta, participé en el trabajo de campo dando cursos a los inspectores y agentes y recorriendo como *inspector regional* amplias zonas de la geografía peninsular<sup>1</sup>. Me topé entonces con una agricultura tradicional todavía viva, pero ya en estado crítico. Este panorama de crisis y fuerte transformación se daba de bruces, no solo con las interpretaciones puerilmente

---

<sup>1</sup> La realización de esas tareas desde mi posición de estadístico contratado, denotaba, curiosamente, mayor flexibilidad de la Administración para el buen desempeño de sus funciones de la que he apreciado después, durante la democracia, cuando la mayor rigidez corporativa de la Administración impedía más drásticamente que ningún “simple contratado” pudiera dar cursillos, ni inspeccionar labores de funcionarios. Sorprendentemente, en vez de avanzar hacia una mayor flexibilidad se han acentuado las rigideces corporativas.

triumfalistas de la agricultura española que se hacían desde el franquismo, sino también con las percepciones inmovilistas de la misma que venían repitiendo por inercia desde el exilio los partidos políticos tradicionales y que se asumían dogmáticamente en medios académicos. A principios de los sesenta era un lugar común hablar del “atraso” e “inmovilismo” de la agricultura española, así como esforzarse en buscar las causas del mismo en supuestos “residuos feudales”, “mentalidades absentistas”...o “revoluciones burguesas inconclusas”. Frente a estas interpretaciones inmovilistas se levantaron análisis discrepantes de algunos entonces jóvenes economistas y sociólogos comprometidos con el estudio de una realidad socioeconómica que, tras el Plan de Estabilización de 1959, estaba acusando notables modificaciones. En este contexto encajan mis trabajos de entonces, orientados a explicar los mecanismos de cambio, en vez de a subrayar la perpetuación de una situación de pobreza y desigualdad que se decía inmutable, como lo hicieron también los trabajos de Víctor Pérez Díaz, Juan Martínez Alier y Juan Muñoz, entre otros, sobre determinados aspectos de la agricultura, del medio rural y de la llamada “oligarquía financiero-terrateniente”.

Mis reflexiones agrarias afloraron primero en las columnas semanales que, bajo el seudónimo colectivo Arturo López Muñoz —con el que escribíamos entonces Arturo Cabello, Juan Muñoz, Santiago Roldán, José Santamaría y yo mismo— empezaron a salir en la revista *Triunfo*. Mas tarde mis reflexiones vieron la luz, más sólidamente estructuradas, en dos amplios artículos publicados en la revista exilada en París, *Cuadernos de Ruedo Ibérico* (en 1967 y 1968, números 13-14 y 20-21, respectivamente), que publiqué con el pseudónimo poco imaginativo de Juan Naranco<sup>2</sup>. En ellos formulaba ya, con amplio apoyo empírico, el modelo de explicación del cambio tecnológico que provocaba la crisis de la sociedad agraria tradicional, que constituyó el núcleo principal de un libro posterior<sup>3</sup>. En estos artículos sacaba también

---

<sup>2</sup> Mi contacto con la editorial parisina Ruedo Ibérico y con su director José Martínez, arranca de mi primer viaje a Francia, en el verano de 1963, para asistir a un encuentro de estudiantes antifranquistas con la dirección exiliada del PCE en Arras. Ese contacto con José Martínez y con Ruedo Ibérico se afianzó durante mi estancia en París en los años 1966-1967, para hacer un curso de postgrado patrocinado por el Ministère de Finances, sobre técnicas de previsión y planificación económica y un *stage* individual en el Institut National de la Statistique et des Études Économiques (INSEE) para estudiar el modelo francés de cuentas nacionales, al que más adelante se acabarían adaptando los sistemas internacionalmente acordados tanto en el marco de la Unión Europea, como de las Naciones Unidas. Considero que el buen conocimiento de los sistemas de Cuentas Nacionales, de las estadísticas económicas y de las técnicas de previsión y análisis de la coyuntura que adquirí entonces me ha sido de gran utilidad a lo largo de mi vida profesional. También me di cuenta que el escaso conocimiento de los sistemas de Cuentas Nacionales constituía una grave laguna en las enseñanzas de economía de la universidad española.

<sup>3</sup> Este modelo explicativo no solo se veía en la obligación de trascender la función de producción agregada, sino de formular, para cada cultivo o aprovechamiento, tantas funciones de producción como opciones técnicas existentes, lo que permitía apreciar en qué medida las variaciones de precios y salarios favorecían ciertas opciones en detrimento de otras,...o apreciar cómo evolucionaban, en cada caso, los umbrales de superficie a partir de los cuales resultaba rentable el empleo de maquinaria. Es evidente que para acometer este tipo de análisis tuve que empezar por reconocer mis limitaciones, para interesarme por las técnicas y los equipos de cultivo y documentarme y afianzar mis análisis con ayuda e intercambio transdisciplinar a fin de suplir las enormes carencias de mi formación como economista (quiero recordar la ayuda que me prestaron en mis primeros pasos para cubrir estas carencias en temas agrarios, Luis Ruiz Maya y José María Bellostas, compañeros de trabajo en el INE en la preparación y tratamiento de la Encuesta de Renta Agraria).

conclusiones políticas que mostraban el irrealismo de las tesis agrarias del Partido Comunista, mayoritariamente asumidas entonces por la oposición antifranquista. Con ello quiero señalar el trasfondo de la discusión política en el que se fueron forjando mis investigaciones sobre la crisis de la sociedad agraria tradicional y sus perspectivas. Estas investigaciones —que culminaron en la publicación de mi primer libro, titulado *La evolución de la agricultura en España. Desarrollo capitalista y crisis de las formas de producción tradicionales* (Barcelona, Ed. Estela, 1971) — en vez de explicar el supuesto estancamiento, trataban de analizar los cambios. Como indicaba en la introducción a ese libro, “en este trabajo, en vez de considerar invariable la estructura agraria, intentamos estudiar su evolución, evitando, en la medida de lo posible, abrumar una vez más al lector con los tópicos al uso” (Ibidem). Pese a que al poco tiempo de haberse publicado el libro la censura franquista retiró a su editorial -Estela- el permiso de edición, hoy se mantiene vivo, reeditándose primero por la también desaparecida editorial Laia y posteriormente por la editorial Universidad de Granada, a la que corresponde la 4ª edición de 2004. Esta edición recoge trabajos míos posteriores que actualizan el análisis de la “evolución de la agricultura española” hasta el presente y va precedida de un amplio estudio introductorio del catedrático de Historia Contemporánea Manuel González de Molina, que encaja el libro en el marco historiográfico de la agricultura española.

Antes de esbozar mis principales líneas de investigación en temas agrarios -en buena parte reflejadas en las últimas ediciones ampliadas del libro antes mencionado- y de señalar su deriva hacia los recursos naturales y el territorio, quiero sintetizar, con la Figura 2, las claves que impulsaron mi reflexión por los caminos indicados. Es evidente que mi primer trabajo en el INE y el sentido crítico de mis preocupaciones socio-políticas, no sólo dirigieron mi reflexión hacia la agricultura, sino que también, en contra de lo habitual, inclinaron mis preguntas hacia su *evolución* y no hacia su *atraso*. A posteriori veo con claridad cuánto esfuerzo investigador baldío se ha destinado a justificar el supuesto “inmovilismo” y a explicar las causas del “atraso”, evitando plantearse otras preguntas que hubieran permitido desarrollar investigaciones, a mi juicio, más interesantes para explicar la evolución de la agricultura española y los problemas que suscitaba. Pues, recordemos que, el planteamiento de determinadas cuestiones y de determinados enfoques, no solo conduce a analizar ciertos aspectos de la realidad, sino también, por fuerza, a soslayar otros que permanecen, así, inestudiados, evidenciando que las elaboraciones científicas pueden desempeñar funciones, no solo analíticas, sino también encubridoras y/o mistificadoras que en ocasiones cobran gran importancia.



Figura 2